

DOMINGO 25 DEL AÑO “B”

Sav 2,12-20 + Jm 3,16-4,3 + Mc 9,30-37



¿De dónde vienen las luchas y los conflictos?

Es la pregunta que se hacía Santiago con los cristianos de su tiempo y es la misma que nos hacemos hoy, no sólo los cristianos de este tiempo, sino incluso otros contemporáneos, que se reconocen o son indiferentes. Y es que vivimos en un mundo, en el que tenemos casi todas las posibilidades para vivir bien y nos empeñamos en que no sea así. Nos extraña y nos inquieta la pervivencia del terrorismo, el incremento de la violencia doméstica, la explotación de los menores, los asesinatos cada vez más sin sentido. Casi cada día nos sorprenden los informativos con nuevos casos de violencia. No se trata ya de facinerosos, sino de jóvenes, de gente, decimos, «normal», y que de pronto tratan de hacerse notar brutal e incomprensible-mente.

Codiciáis lo que no podéis tener.

Con sorprendente clarividencia se responde Santiago que las luchas y conflictos nacen de la ambición, de la codicia insaciable. La sociedad del bienestar nos ofrece de todo y en abundancia. Podemos hacer frente no sólo a todas nuestras necesidades, sino a muchos caprichos, a veces demasiado caprichosos. Pero nada nos parece bastante. Nos cansamos en seguida de las cosas, menospreciamos lo que tenemos y suspiramos por lo que no tenemos, pero tienen, ay, otros más afortunados o con menos escrúpulos que nosotros. Ya no valoramos lo que tenemos, porque sólo sentimos la privación, la carencia de lo que no poseemos y no podemos no desear. De este modo la codicia nos impide disfrutar del bienestar y nos produce un malestar inaguantable.

Todos queremos más.

Todos queremos más, pero, sobre todo, queremos ser más que los demás. Queremos ser más ricos, más famosos, más influyentes, más importantes. Desde la escuela el clima social es competitivo y nos empuja a ser los primeros en todo, en el estudio y en el deporte, en las amistades y en las conquistas. Mil estímulos nos espolean por todas partes, reclamando un esfuerzo sobrehumano para sobresalir. Y ocurre como en los deportes, que, aunque se diga lo contrario por parte de los vencidos, lo único que importa es ganar al otro, como sea, aunque sea indignamente, aunque sea sin jugar, aunque sea con agresiones y violencia. En el fútbol. por ejemplo, cada vez es más preocupante la violencia. En la vida la violencia llega al asesinato. Certeramente decía el apóstol: codiciáis lo que no podéis tener y acabáis asesinando.

¿Quién es el más importante?

Porque todos queremos más, tener más que los demás, ser más importantes. Y para ello todos los medios nos parecen justificables. Se vende la intimidad, o la conciencia, se traiciona la amistad o se conculca la lealtad y fidelidad, se explota al prójimo y se abusa de los confiados, se utilizan malos modos y se llega a la manos, a la violencia, al asesinato. Jesús sale al paso a sus discípulos que estaban disputando sobre quién era el más importante. Mientras Jesús hablaba de lo verdaderamente importante, su pasión y muerte y resurrección, la salvación del mundo, lo que a todos debería importar, sus discípulos, sin prestar atención,

disputan por los primeros puestos en un reino imaginario. Qué es lo que sucede hoy, aquí y ahora. Mientras lo verdaderamente importante queda relegado a ocasiones de excepción, cada cual mantiene su lucha particular por ser el primero en su fantasiosa versión del mundo. De lado queda el hambre del Tercer Mundo, el subdesarrollo de los pueblos, las legítimas aspiraciones de los emigrantes. Lo que interesa es la competencia: ser más, crecer más, contar más, estar en cabeza, entre los grandes.

El primero, que se ponga a la cola, a servir.

Frente a las ilusiones de los discípulos, Jesús manifiesta lo que Dios piensa de la grandeza, de la importancia de los primeros puestos. Y en la mente de Jesús no cuenta para nada ser más que nadie, sino servir como nadie, y servir a todos. Así es Dios; no es como nos lo imaginamos (a nuestra manera) el más grande, el más importante. Eso son modos de pensar de los hombres que no de Dios. La grandeza de Dios consiste en que es dador de vida para todo el mundo. Y ésa es la verdadera grandeza de Jesús, que se puso al servicio de todos, *“por nosotros y por nuestra salvación”*, ocupando el último puesto, en la cruz, entre ladrones, hasta daría la vida. De manera que lo verdaderamente importante es el otro, no yo; los otros, no nosotros; todos, no sólo algunos, ni siquiera la mayoría. Porque lo que importa y lo que debe contar, es la salvación del mundo, la familia humana, lo que hacemos para que este mundo ya sea un hogar donde tengamos sitio y cariño todos sin excepción. Lo importante es buscar el Reino de Dios y su justicia. Lo demás son ilusiones.